

Lo que hace por las tardes el Sr. Q

A la misma hora, se encendió la luz y una musiquilla empezó a sonar. Apareció el Sr. Q y echó a andar. Abrió una puerta que no había y le deslumbró un sol que no estaba. Salió y, haciendo visera con la mano, oteó el horizonte, inspiró profundamente e inició su habitual paseo. De haber podido, habría sonreído. Algo llamó su atención. Se paró y su sombra también. Recogió una gran margarita, única en ese espacio vacío. Se la acercó a la nariz, aspiró y no olió a nada. Repitió el gesto. Rascándose la cabeza pareció pensar, hasta que con delicadeza empezó a deshojar la margarita. A cada pétalo afirmaba o negaba con la cabeza. En el pecho le pujaba el corazón queriéndosele salir de una manera exagerada. Arrancó el último pétalo y en ese instante le salió disparado un corazón rojo que se le quedó prendido como un alfilerero. Cabizbajo, dejó caer la margarita deshojada y la música, entristecida, remarcó la situación. Dando la espalda se alejó dirigiéndose a la negrura del fondo. La traspasó y fue elevado a las alturas, donde una mano negra lo recogió, lo metió en una caja y le puso la tapa. La música marcó un final trágico y se apagó la luz.